

Diego Rojas

LOS DÍAS DE LA ZONA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

DIEGO ROJAS
LOS DÍAS DE LA ZONA

TUSQUETS
EDITORES

Era agosto. Apenas pisamos la vereda nos metimos en el auto. El interior del Dodge olía a recién lavado. Mientras me ocupaba de calentar el motor, Takashi carraspeó un par de veces, sin decir palabra. Arrancamos y dimos una vuelta a la manzana para tomar la avenida Córdoba. Mientras yo manejaba con la vista al frente, de reojo miraba a Takashi perderse en el paisaje vacío, los árboles pelados, el silencio de la madrugada interrumpido por el ruido del motor. La avenida tenía esa normalidad fantasmal de las tres de la mañana. Las luces de los edificios permanecían apagadas.

No tardamos en toparnos con un retén. Al llegar a la esquina donde termina la Plaza de las Facultades había un tanque detenido. Tal vez, ahora que lo pienso, se trataba de un presagio: no todos los días, y menos un miércoles, sacaban los tanques a las calles. Los dos soldados permanecían parados: uno, al que el casco le quedaba demasiado grande, extendía la palma de su mano derecha frente a nosotros. El otro indicaba con la punta del fusil que nos arrimáramos hacia la banquina. Takashi dijo:

–Tenés que parar.

Sin apagar el motor –y sin que bajasen los fusiles– detuve la marcha. Sonreí como se debe sonreír en esas circunstancias mientras señalaba el cartel pegado sobre el vidrio delantero. El soldado del casco bamboleante entrecerró los labios para leer las letras en rojo: «Prensa». Debajo, el logo del diario *Los Tiempos*. Señaló mi ventanilla e hizo un movimiento circular con el dedo índice. La bajé.

–Señores, documentos, por favor.

–Cómo no –dije.

Palpé mi billetera en el bolsillo trasero del pantalón. Takashi extrajo la suya del bolsillo interno de su saco.

–Soy médico –dijo mi acompañante y entregó sus papeles. El soldado apenas los miró.

Le di mi cédula y la credencial.

–Schraiber, Ariel. Periodista –leyó sin dificultad y luego chequeó su reloj–. ¿Recién sale del trabajo?

–Estaba haciendo una nota.

El soldado tomó el carnet de Takashi.

–Médico –susurró.

Continué:

–Vengo de la morgue, donde trabaja el señor.

El soldado se agachó y observó el interior del auto. Fijó su mirada en los ojos rasgados de Takashi. Luego, en el asiento de atrás.

–Abra el baúl, por favor, y deme las llaves.

Parecía cansado, sospeché que su único deseo era terminar la jornada, tirarse en una cama grande y cómoda, y dormir. Alargó su mano para que entregara las llaves, accioné el mecanismo de apertura, apagué el motor y se las di. El otro soldado ingresaba unos datos en su dispositivo. El del casco bamboleante desapareció de nuestra mirada mientras revisaba la parte trasera del auto. Takashi se frotó las manos.

–Viste cómo bajó la temperatura –dijo y se alisó el pelo–. Parece mentira, no se acaba más el invierno.

Tenía razón. Buenos Aires siempre me había parecido más linda y pura durante las épocas de frío. Takashi sacó su paquete verde de cigarrillos pero no tuvo tiempo de encender uno: se hizo un ruido seco cuando el soldado del casco bamboleante cerró el baúl y en un segundo había regresado a mi ventanilla. Su compañero se acercó y le dijo algo al oído.

–Disculpen las molestias, señores. Pueden seguir. Buenas noches.

Nos devolvió los documentos. Ondeando su mano indicó que arrancáramos. Prendí el motor y avanzamos. Les agradecí levantando las cejas levemente. Lejos del alcance de su vista, resoplé. Nunca, a pesar de los atentados, me habían dejado de molestar los controles.

Takashi guardó su billetera en el saco.

–Podrías empezar a contarme mientras llegamos –propuse.

Los semáforos se ofrecían verdes y me permitían ir a un poco más de sesenta.

–Primero lleguemos –dijo.

Volvió a mirar el paisaje solitario a través de la ventanilla. Entonces sí prendió su cigarrillo mentolado. Supongo que la imagen del cadáver que acabábamos de dejar en la morgue había vuelto a su cabeza.

Habíamos visto a esa mujer desnuda, de rostro aindiado y contextura gruesa, con dos trenzas largas que le enmarcaban el cuerpo desde la cabeza hasta la cintura. La mujer se parecía a Olinda, la señora que se ocupaba de la limpieza de mi casa, pero era más joven. Takashi se había puesto unos guantes amarillentos y descartables con gesto teatral. Comenzó a señalar unas marcas con el dedo índice. «En los parietales derecho e izquierdo. Sobre los párpados», indicaba. «En el tabique, en los pómulos, en el labio inferior». Le había abierto la boca: «En las encías inferiores». Su dedo índice descendía con precisión y se detenía cada vez que mencionaba una nueva marca: «A la altura de la laringe, en los omóplatos, en los pezones. En la conjunción de los ligamentos que unen el radio y el cúbito. En el ombligo». Había señalado los muslos y las plantas de los pies. «En las falanges inferiores». Hizo una pausa y me miró a los ojos: «Aquí también». Takashi había abierto con cierta dificultad, pero con seguridad, las piernas rígidas. Había separado los labios vaginales y extendido otra vez su índice. Lo introdujo. «En el clítoris». Cada vez que hacía

una de esas demostraciones los ojos se le achicaban y me miraba de un modo raro, como si el observar la repulsión en los otros le permitiera encontrar, por fin, sentido a su profesión.

–Ya está, no es necesario que muevas el dedo –le había dicho yo–, te aseguro que esta mina no lo va a disfrutar.

Por un segundo, se había ruborizado.

–¿Que no? –dijo–. Dame un rato y la bolita vuelve a la vida–. Yo nunca sabía qué hacer con esos chistes suyos que no entendía–. Pero falta lo mejor –agregó.

Con los ojos me pidió ayuda para dar vuelta a la mujer y lo hicimos como si fuera un colchón: el cuerpo hizo un ruido seco al caer sobre la camilla metálica. En la espalda, debajo del omóplato izquierdo, a la altura del corazón, había un círculo perfecto, rojo, sin piel.

–Hecho con un escalpelo –había detallado Takashi.

Y para que pudiera observar mejor, había corrido las trenzas, que cayeron por el costado de la camilla y quedaron colgando a los costados. El corte esférico producía que la piel uniforme y morena de la espalda de pronto se interrumpiera con un charco circular rojo de carne.

–Perfecto –había dicho.

Un poco antes de los controles fijos que estaban por Gaona me metí por la calle Rojas y estacioné al llegar a Vallese. Era de las últimas empedradas que quedaban en la ciudad. Antes de salir del auto encendí un cigarrillo y le ofrecí a

Takashi, pero lo rechazó. La temperatura seguía bajando. El letrero del bar, apagado. La oscuridad indicaba que estaba cerrado, pero Takashi sabía que me debía seguir y confiar. Con sigilo, corrí una puerta de metal y apareció una escalera. Bajamos. Había otra, esta vez de hierro. Toqué el timbre. Después de unos segundos, un visor se abrió y unos ojos nos observaron. Sin decir nada, un anciano abrió la puerta, movió la cabeza a modo de saludo y nos condujo hacia otra puerta más. La empujó y ahí apareció el barcito: cinco mesas y un mostrador con banquetas, una heladera vieja, tres patas de jamón serrano y cantidad de ristras de ajo colgando bajo unos focos desnudos.

—Lindo bar —sonrió Takashi.

En una mesa, dos viejos sostenían en el aire unos vasos de whisky como si los hubiéramos sorprendido en un brindis eterno. Parecía una postal del alcoholismo nocturno.

—¿Qué toman los señores? —preguntó desde la barra Sandra, la dueña del bar, una mujer mayor a la que le gustaba pintarse demasiado. Tenía brazos gruesos y, entre sus manos, una toalla blanca.

—Dos ginebras —pedí—. Y prepare una picadita, Sandra.

Cada tanto, alguno de los bares caía en una red y, por una noche, los parroquianos eran alojados en la comisaría. Sin embargo, las autoridades toleraban la existencia de algunos antros. Los bares de noche eran una especie en extinción. Mi viejo, cuando yo era chico, solía contarme

que se iba de copas todos los días de la semana. Hacía mucho.

–Lindo el lugar –insistió Takashi.

Sacó su paquete de cigarrillos con etiqueta verde, encendió uno con ampulosidad, aspiró el humo mentolado. Y arrancó.

–Lo que viste no es un caso aislado. Es el cuarto bolita que aparece desnudo y con marcas de tortura. Dos hombres y una mujer aparecieron antes, la semana pasada.

Se quedó observando cómo Sandra preparaba nuestro pedido.

–Extraño, ¿no es cierto? Y de madrugada. La primera apareció en Belgrano R. Al segundo bolita lo encontraron en pleno centro: Bartolomé Mitre y Libertad, a cinco cuerdas más o menos del Obelisco. Lo descubrió uno de esos nenes rusos de las pensiones de por ahí. Dicen que no le salían las palabras, pobrecito. Al otro lo encontraron en Flores, por la plaza. Y la que vos viste apareció en Serrano y Jufré, a dos cuerdas de los restaurantes de moda. Todos en una semana y con los mismos rastros del escarpelo. ¡Cuatro! Sumale a eso las voladuras de las torres de alta tensión y las pintadas en las casas de los comisarios... Ahí pensé en llamarte porque sabía que te iba a interesar.

La dueña del bar nos trajo las ginebras con hielo y la picadita de salmón de Tandil, muzzarella, papas fritas y aceitunas negras condimentadas. Mientras dejaba el pedido en la mesa, me guiñó un ojo espeso en rimmel. Desde el

mostrador, el anciano que nos había abierto la puerta movía la cabeza exageradamente, simulando escándalo. Nunca supe a ciencia cierta si eran padre e hija o si eran pareja.

–Que aprovechen –dijo Sandra con voz grave y regresó a la barra sin dejar de sonreír, ni de menear las caderas.

–Para mí son los aurora –dijo Takashi. Apuré un trago de su ginebra–. Cosa de Kalki y sus fanáticos...

–Suenan así –coincidí–. Cuando ves a esos pibes tan jóvenes que salen a desfilar como su ejército cada 24 de marzo con sus camisas negras y los brazaletes celeste y blanco... Son capaces de esto, sí. Pero varios cuadros de Aurora están en las altas esferas, no sé para qué estarían haciendo esto, no termina de cerrarme.

–Sádicos son. ¿Te acordás de ese 20 de diciembre?

Cómo no recordarlo: aquel 2001 se cumplían veinticinco años de «orden nuevo» en el país pero, paradójicamente, las bodas de plata marcaron el momento en el que más cerca de derrocar al gobierno se había estado. Diciembre comenzó con saqueos en todos lados y luego manifestaciones que crecían cada vez más. El 20, las calles que daban a la Casa Rosada eran un hervidero. A media tarde se contaban más de setenta muertos cerca de Plaza de Mayo, los combates con piedras y molotovs no paraban; hasta los del grupo Wermus disparaban a la cana desde algunos edificios con sus francotiradores y habían hecho estallar varios patrulleros.

–Los aurora no tenían límites –siguió Takashi–. Salían de sus autos y empezaban a tirar a todo lo que se moviera. Un sobrino mío que estuvo ahí zafó por poco.

El cigarrillo se consumía entre sus dedos. En la mesa de al lado los viejos subieron el tono de la canción que habían comenzado a cantar.

El único ruido del bar lo producía el sonido de la canción de los viejos sobre el fondo del motor de la heladera. La sensación hipnótica del zumbido de las luces que había sentido en la morgue volvió a apoderarse de mí.

Nunca pude sustraerme a la fascinación que me genera un cadáver. Especulaba con el color de ropa que le habría gustado vestir a esa mujer altiplánica muerta. La imaginaba viva, trabajando en una fábrica o en un mercado, comiendo los fines de semana en los restaurantes bolivianos de La Zona. Yendo a bailar en sus fiestas.

–Vámonos, Ariel.

Yo había mirado el cuerpo por última vez. Calculaba que la mujer no debía tener más de veinticinco años. Contamos hasta tres, alzamos la camilla y depositamos a la muerta en el cajón de la cámara. Parecía más pesada de lo que era.

–¿Qué les darán de comer a los chanchos en Tandil para que queden tan ricos los salamines? –preguntó Takashi mientras se llevaba a la boca otra rodajita–. Debe ser que tienen un buen barro donde revolcarse –guiñó un ojo–.

Me dicen que al principio la cana estaba desconcertada con los bolitas, pero que después no fue difícil. Los aurora comenzaron hace poco más de un año a exigir el fin del problema boliviano. Dicen que terminada la falta de mano de obra, ya no es necesario mantenerlos, que les roban el trabajo a los argentinos. Y parece que la cosa se agravó con la oleada de refugiados de la guerra en Bolivia. En La Zona están desbordados. Se supone que los aurora decidieron tirarle unos muertos al gobierno para meter presión.

Podía ser lo que decía Takashi. Dentro de La Zona misma vivían miles y miles de personas que habían establecido su propia economía, sus propios circuitos sociales, sus propias normas. Todos se encontraban lejos de lo que se promocionaba como la ciudadanía argentina, lejos de la educación oficial, lejos del Estado. Tal vez la madre de la chica muerta que había visto antes vivía en el Altiplano sin saber, siquiera, el nombre de la calle de la pensión de su hija, ni el lugar en el que trabajaba, ni si tenía novio o pensaba en regresar. Me llevé el vaso a la boca, pero solo encontré un recuerdo aguado de la ginebra. Dejé un hielo en mi lengua.

Cada cierto tiempo Takashi me enviaba un mensaje con una sola palabra: «Venite». Muertes, suicidios, crímenes eran la materia prima de sus conocimientos privilegiados. Primicias para la sección de policiales a cambio de bares insospechados. Takashi levantó el vaso e izó un dedo para pedir una medida más. Yo sabía cuándo dejar de profundizar en la información que me brindaba. No era un hombre que

escondiera cosas una vez decidido a contar. Sandra llevó el pedido y me sirvió a mí también. Takashi empezó a relatar las novedades de nuestros antiguos compañeros de secundaria, tema que me importaba tanto como nada. Lo que había visto no era material para el diario. Takashi lo sabía, claro.

–Un día tenés que venirte a casa, te puedo preparar algo oriental, bien picante –sugirió y bebió su último trago. Los dos sabíamos que jamás pisaría su hogar–. ¿Vamos yendo?

Luego de llevarlo a su departamento, paré en el parque Centenario. Estacioné junto al Pasteur, se escuchaba a los perros ladrar. Los imaginaba en sus jaulas, nerviosos ante cualquier ruido. Siempre me había preguntado por el veterinario de guardia entre perros rabiosos o abandonados, prontos todos a morir. O me preguntaba si durante las noches no había guardia ni nada, tan solo los perros en las jaulas, sin poder dormir, sin poder morder, sin poder morir. Agarré el bolso con mi dispositivo, salí del auto, cerré bien mi campera y caminé hasta el puesto de vigilancia. Estaba Raúl, el cuidador del parque, tan arrugado como desde que lo conocí. Dormía.

–Viejo, tanto tiempo –lo desperté.

Tardó en abrir los ojos y, mientras se estiraba, me reconoció.

–¡Qué hacés, Danielito! –no le corregí mi nombre–. Hace semanas que no te veía por acá. ¿No estás inspirado,

che? –se frotó el ojo derecho, se sacó una lagaña y la llevó a la boca.

–Esta noche sí –respondí.

Raúl me creía escritor y yo nunca lo había desmentido.

–¿Querés ir con tus patos? Pasá, pasá.

El parque Centenario está en el centro geográfico de Buenos Aires. Se podría pensar que tal centralidad implica complejidades varias, pero no. El centro de la ciudad se asemeja a un lugar donde no ocurren los acontecimientos. Tanta paz y tal vez cierto cansancio del cuerpo, me producían una especie de caricia que me recorría de arriba a abajo. Escalé una pendiente frente a la laguna, me senté acucillado, saqué el dispositivo, lo encendí. Tomé del bolsillo el conector y el encriptador. Miré el cielo negrísimo, la luna casi invisible, las estrellas. Comencé a tipear. Un pato graznó. Llegaría pronto a casa. Dormiría mucho. Muchísimo.